

LA VERDAD NO ES MONEDA ACUÑADA (NOTAS PRELIMINARES SOBRE HEGEL)

Sergio Vuskovic Rojo

Lo conocido no es sabido por el mero hecho de ser conocido”, dice la versión de Wenceslao Roces, uno de los mejores traductores al castellano de Hegel y Ernst Bloch.

Mas, a la letra podría ser: “Lo notorio (lo notorio), en general, propio porque es notorio no es conocido”.

Sigue Hegel: “Pero se engaña a sí mismo y a los demás cuando, en el conocimiento, se presupone algo como conocido y se lo acepta como tal por esta razón”. Con lo cual nos advierte sobre la pobreza y límites del sentido común o buen sentido: antes que la expedición de Hernando de Magallanes circunnavegara la tierra fue notorio que ésta era plana.

E interrumpe Ernst Bloch. “También lo falso, puede, a veces ser importante”, porque Hegel continúa: “Lo verdadero y lo falso figuran entre los pensamientos determinados que pasan por ser, en la inmovilidad, entes con existencia propia, uno de los cuales se alza del lado de acá y el otro del lado de allá,

cada uno de ellos aislado y fijo, sin contacto con el otro. Frente a una símil concepción debe afirmarse que la verdad no es moneda acuñada que pueda darse y recibirse sin más”.

En el sistema hegeliano todo pensamiento (o categoría) existe solo en cuanto existe su contrario y en esta contradicción reside su vida. Por eso, se dice que la lógica tradicional de Aristóteles a Kant es una lógica de la identidad y que, en cambio, la de Hegel es una lógica de la contradicción o dialéctica.

¿Qué relación se establece entre lo notorio y lo conocido y entre lo verdadero y lo falso?

La superación

El proceder del movimiento interno de un concepto a su contrario, Hegel lo designó con el verbo *aufheben* (superar) y la operación realizada con su sustantivo correspondiente: *Aufhebung*. Arte de nombrar que nos presenta una gran dificultad de comprensión en todas las lenguas neolatinas porque no tenemos un término pertinente, porque

aufheben, en alemán, significa, a la vez, quitar y dejar, suprimir y mantener, eliminar y conservar, abolir y sostener y se ha optado por traducirlo al español con el verbo superar, pero haciendo constar la ínsita contradicción del término hegeliano.

Y no se trata solamente de una insólita expresión técnica sino que nos permite comprender más en profundidad hechos o procesos de la vida real: nosotros hemos pasado en nuestras existencias por diversas etapas: gestación, nacimiento, infancia, adolescencia y llegada a la madurez; pues bien, las hemos superado y no eliminado, quitado o abolido. Y no es que sólo las hayamos interiorizado o que permanezcan en nosotros como recuerdo de un grado ya superado. Sino que siendo positivo el desarrollo hacia los distintos escalones sucesivos por donde hemos ido pasando y que conforman el sentido de progreso de nuestro desenvolvimiento físico y psicológico, ocurre que algunas características benéficas, distintas de los momentos ya vividos, las hemos perdido. Así nos ha pasado con la capacidad de asombro de nuestra

infancia, que en el común de los mortales se nos extravió por el camino y que, sin embargo, se mantiene viva en la adolescencia y madurez de vates y poetas y, en general, en los creadores.

Es el movimiento progresivo, de continua superación de lo noto a lo conocido, de lo falso a lo verdadero; pero ello no significa que el momento inferior en que se encontraba el espíritu fuese absolutamente falso, sino que era inadecuado o unilateral. Es su insuficiencia o su unilateralidad la que sirve de estímulo para ascender a un escalón superior en el acercarse a la verdad. Existe lo verdadero porque también existe lo falso y se pasa de este último estado al primero cuando somos capaces de reflexionar sobre nuestras más firmes convicciones (lo noto), cuando observamos sus unilateralidades e insuficiencias, las miramos dentro de su contexto histórico, al mismo tiempo que podemos recoger de ellas el grano de verdad que contenían y somos capaces de actuar en consecuencia.

De este modo, la comprensión del concepto de superación comporta la connotación de que la percepción puramente negativa del resultado constituye sólo la mitad de la verdad: no solo criticar sino plantear también soluciones; que el error superado (lo noto) es un momento de la verdad y que conocer el error propio equivale a una verdad nueva, lo que me parece está en la intuición de Gonzalo Rojas en su poema "El espejo": "Sólo se aprende aprende aprende de los propios errores".

Esto es, aprendemos de nuestros propios errores cuando no los



olvidamos y al contrario, los interiorizamos, cuando avanzamos afirmándonos en ellos y los superamos, por cuanto, si los olvidamos o nos hacemos los desentendidos, estamos condenados a repetirlos.

Con el término superación, Hegel indica el movimiento por el cual dos conceptos opuestos se sintetizan en un nuevo concepto, pero, sin desaparecer y, al revés, conservándose en el concepto superior. Mientras para la lógica tradicional el resultado de una contradicción es inexistente, para Hegel significa el surgimiento de un concepto nuevo, superior.

*El ser la nada devenir
Das Sein die Nichtigkeit
werden*

El ser, concepto inicial de su lógica, se encuentra automáticamente opuesto a su contrario, la nada; pero, su oposición no es estéril: se sintetiza en un nuevo concepto que los engloba y que es su producto concreto: el llegar a ser o devenir o ser determinado. Es lo que se dice triada dialéctica: tesis, antítesis y síntesis.

Estas tres determinaciones dialécticas no constituyen tres partes separadas, ni menos tres elementos clasificatorios de un manual escolar o lineal, que pueden considerarse distintas. Según Hegel, valen como concepto viviente comprendido en el Uno. Si nos aferramos al momento de la tesis, el pensamiento permanecerá abstracto y dogmático y, como es sabido, el dogmatismo es "la pereza del pensamiento". Si nos agarramos indefinidamente al tiempo de la antítesis surgirá el escepticismo. El tercer punto de vista, el de la síntesis, nos puede llevar al conocimiento científico, si la entendemos como superación y si comprendemos que engendrará sus propias contradicciones nuevas.

Si las tomamos en abstracto, así como están dichas, no nos dicen algo nuevo. Y Hegel era consciente de esta perplejidad, tanto que al principio de su Ciencia de la lógica afirma brutalmente "ser y nada son la misma cosa", en cuantos entes indeterminados, absolutos, libres de toda determinación: la luz total y la oscuridad total son lo mismo. Comienzan a distinguirse cuando las consideramos en sus relaciones recíprocas, en sus determinaciones y mediaciones, en sus estados intermedios combinatorios.

En el primer peldaño de la escala dialéctica Hegel entiende por el Ser al es (verbo ser, presente, tercera persona singular), en cuanto absolutamente vacío, que por su misma vaciedad no es otra cosa que la nada. En este sentido, ambos conceptos son una y la misma cosa (planteados como carentes de toda determinación); pero, como lo demuestra el hecho que el pensamiento se detenga en esta su primera figura abstracta, además y contemporáneamente, no son la misma cosa.

El ser vacío y la nada vacía son inseparables e indivisibles y hechos de tal modo que cada uno desaparece en su contrario. Este desaparecer del uno en el otro aporta el tercer momento del enlace dialéctico: el devenir, que es la unidad del ser puro y de la nada pura; sin embargo, tomando en consideración que ninguna unidad permanece ya que es un momento en un proceso, la unidad relativa del devenir también se divide.

El devenir en el paso del ser a la nada es la muerte; el de la nada al ser es el nacimiento y de la transición entre ambos surge la existencia determinada, el tercer término formado por el nacimiento y la muerte: el llegar a ser, devenir.

En el plano de la doctrina del Ser, en que nos estamos moviendo hasta ahora, es importante hacer notar el rol dialéctico que juega la nada, en cuanto negatividad, es decir, contradicción en tensión; diríamos, *nada grávida*, que pone en movimiento el desarrollo dialéctico, ya que ocupa el centro, entre las determinaciones positivas de tesis y síntesis. Ni es la Nada del comien-

zo, lugar que ocupa el Ser, ni está en el fin, donde encontramos el devenir. Trabaja en el medio, como el otro, como multiplicidad, como agente de inseguridad y tribulación, que impide el cristalizarse de las determinaciones finitas. Llega a ser el fundamento real y cognoscitivo del paso necesario de todo Positivo subsistente en el devenir, por la fuerza latente de la negatividad que contiene. Incita y estimula la dinámica que le falta al espíritu puro, a la lógica pura y es la que abre la puerta de entrada a la doctrina de la Esencia (con sus contrarios de apariencia y esencia), zona central de la lógica hegeliana, que se relaciona con el movimiento interno, fundamento del cual surge la cosa o el proceso nuevo, cuando se acumula el número legal de sus condiciones de existencia.

La dialéctica se expresa en un proceso de compenetración constante, una exposición inmanente del concepto mediante su negatividad, que conduce a Hegel a la sorprendente constatación que la verdad es el proceso.

La verdad es el proceso

“El capullo desaparece al abrirse la flor y se podría decir que viene refutada por ésta; similarmente, el aparecer del fruto viene a declarar la flor como una existencia falsa de la planta y el fruto subentra como la verdad de la flor. Tales formas no sólo se distinguen entre ellas, sino que se disuelven las unas de las otras, porque son recíprocamente incompatibles” (Fenomenología del espíritu). Y también en lo que llegó a ser (el fruto) maduran sus contradicciones internas, en un proceso de compenetración sin tregua.

La dialéctica en Hegel no quiere ser una pura arte mayéutica de diálogo o menos una habilidad para retorcer y tergiversar los conceptos. La considera como “la marcha progresiva de la cosa misma”, en la cual lo nuevo surge a partir de lo viejo, cuando una mutación cualitativa se difunde y quiebra la onda de la continuación indefinida al acumularse una determinada cantidad, un cierto “quantum”. Cuando a lo nuevo le llega su hora, y se está cumpliendo su tiempo de nacer, se desvincula de lo viejo con un salto, aparece y se abre paso repentinamente. Y así lo hizo notar en su conferencia del 18 de setiembre de 1806, en que dio su apreciación sobre la Revolución Francesa, palabras que también parecen describir muy bien nuestra época de paso de un siglo a otro: “Nos hallamos en el umbral de una época importante, de un tiempo de fermento, cuando el espíritu da un salto adelante, trasciende su forma anterior y adopta una forma nueva. Toda la masa de representaciones anteriores, conceptos y vínculos que mantienen unido nuestro mundo, se disuelve y colapsa, como una imagen en sueños. Se prepara una fase nueva del espíritu. La filosofía, especialmente, ha de dar la bienvenida a su aparición y reconocerla, mientras otros, que imponentes se le oponen, se aferran al pasado”.

Esto quiere decir que la verdad de la sociedad del tiempo presente se encontrará en la del futuro, porque toda sociedad existida hasta hoy produce los elementos de las sociedades sucesivas: el presente está grávido de futuro, del cual la conciencia social va dándose cuenta a través de síntomas esporádicos: el hastío y la frivolidad hacen su

aparición junto con el desencanto que, sin embargo, preanuncian el presentimiento de algo desconocido, que atrae con la fuerza del imán. Son signos precursores de que algo nuevo se prepara y que llegará la hora que “como un relámpago pondrá adelante la estructura plena de un mundo nuevo”. Pero, no en el sentido en que lo viejo, que ha llegado a ser falso, sea completamente abolido en la nueva época, sino como superación. Hegel es un pensador de la historia y la comprende como cambio y también como herencia, tradición viva.

Esta es para Hegel la única empiria: la dialéctica, en cuanto contiene, en un nuevo objeto, la nulidad del anterior y la experiencia subjetiva hecha sobre el proceso, en un resultado siempre nuevo que es capaz de abarcar lo verdadero y lo falso, la fluidez de los conceptos y sus relaciones, determinaciones y mediaciones recíprocas, nadando en el mar de las contradicciones históricas, donde la verdad (la moneda acuñada) no se distingue tan fácilmente de la moneda falsa, como ocurre en las operaciones diarias en el mercado. En cambio aquí, la verdad es su mismo desarrollo dialéctico, esto es, el proceso histórico de la humanidad, con sus días y sus noches.

